

El Diario del Buitre

Carlos Leon



Image not found.

Capítulo 1

Era una tarde de domingo, uno de esos días que todo trabajador del tercer mundo ansia con angustia, había dormido como nunca, un plácido sueño a puertas de un día de descanso, que por lo general despertaba al lado de la mujer que amo, pero ya no está.

Me sentía feliz, encerrado, reflexivo, me levante a eso de las 11 am, los rayos del sol y la música de la iglesia, que esta vez sonaba a un nivel no irritante, me daban la bienvenida a mi primer abrir de ojos, dotado de una energía que por lo general está ausente, me dirigí a la cocina a para darle gusto a los rugidos incesantes de mi estómago dominical, que siempre tiene hambre y un dolor leve por el efecto del tabaco.

En el camino me topé con mi mejor amigo, un viejo perro de 13 años, cuya energía lo limitaba a dormir todo el día, como un peluche, tan inerte, pero aun tan capaz de suplicar con alaridos ensordecedores sus dos salidas o paseos diarios.

Por un instante me invadió la nostalgia, pero se fue en un abrir y cerrar de ojos, para mí lo primero es la comida, llegue a la cocina y me serví un plato de leche desbordado con una mezcla de por lo menos, los restos de tres diferentes cereales que quedaban en la cocina, me los trague con unas ganas incalculables, a un hombre con el corazón triste y arrugado, no se le puede sumar un estomago hambriento.

Me sumergí un poco en algo de mi nuevo habito, me había propuesto hace unos días, leer todo lo que tenía planeado hace años, pero que por cuestión de amores, me había dedicado de tiempo completo, a la lectura de los labios femeninos, lo que yo considero un arte, pues no encuentro nada más poético que la mujer y todo lo que ellas desencadenan.

Abro el libro, Memoria de mis putas Tristes, leo unas 20 hojas, todo se trata a cerca de las mujeres, me entra la nostalgia, cierro el libro y busco con afán mi viejo encendedor plateado y un cigarrillo empezado de unas cuantas noches atrás.

El balcón me espera, con sus ráfagas de viento dominical, me incita a acompañarlo en su soledad, pues nadie lo ve, tiene una vista perfecta esta mañana y por lo general en las noches, me dejo seducir y le doy encuentro, me siento en una silla blanca, más bien amarilla por los mal tratos del tiempo y el clima, me entrego a una comodidad incalculable ,al paso del viejo encendedor sale una pequeña llama para terminar la vida de aquel cigarrillo ya empezado y consumir un poco de la mía, la cruz amarilla de la iglesia de enfrente no brilla en el día, le doy un par de

probadas y me entra la nostalgia de nuevo.

Había mucho ruido para ser tan temprano, es lo peor de las ciudades, nunca hay calma, nunca hay silencio, siempre están los gritos , el ruido tartamudo de los carros y motos que pasan, los perros que ladran, los cantos irritantes de la iglesia, el canto de las aves, de vez en cuando una gresca o pelea, el sonido de la puerta del conjunto que se abre, tantas cosas, que cuando por fin cae la noche y piensas que vas a tener un poco de calma, se inundan las calles de bohemios faranduleros que cantan entre el efecto del alcohol y las drogas, o más bien tartamudean , canciones de cantina que a medias se saben, a mi poco me molestan pues el insomnio arraigado que cargo desde mi adolescencia le hace coro a toda la vida nocturna que logra entrar por mi ventana, este abierta o cerrada.

Algo atrae mi curiosidad, mientras le resto unas cuantas horas de vida a mi existencia inhalando un poco de ese tesoro blanco, a mi derecha, sobre el techo de la iglesia a unos cuantos metros de mí, se posa un ave solitaria, negra, tomaba el sol con una paciencia letal, se movía poco, conservaba una calma rotunda, movía su cabeza en todas las direcciones, analizaba cada detalle, cada minúsculo detalle le era digno de observar, no se movía un milímetro ni se fatigaba con las corrientes de viento, de vez en cuando abría las alas, para que los rayos del sol inundaran cada parte de su lienzo a la libertad de los aires, era magnífica.

A mi izquierda había un conjunto de palomas, de múltiples colores , eso si, todos opacos entre grises y blancos, erráticas, incapaces de conservar la calma, sobre el techo de un supermercado, de vez en cuando una cagaba sobre algún transeúnte distraído que se limpiaba con asco, eran totalmente descoordinadas, desordenadas, no podían mantenerse sobre un mismo lugar más de 1 minuto, no observaban nada, no establecían un vínculo , más estaban allí juntas, yo creo que sin saber porque, como muchos seres humanos, buscando una identidad en grupos a los que no pertenecen.

Apago la cola del cigarrillo sobre el muro del balcón, suelto un corto suspiro acompañado de profundas nostalgias, o nostalgia, pero una bien grande, gigante, este domingo es muy diferente, las palomas siguen ahí, el viejo y negro buitres se ha ido con su soledad a otra parte, tal vez a seguir tomando el sol o a buscar entre la basura de la bulliciosa ciudad, restos que para él son un banquete.

Capítulo 2

Si algún ser humano me pidiera un buen consejo, el más sabio que le daría es jamar vivir frente a una iglesia, tienes misas gratis, tres o 4 veces al día y en la mañana sus aleluya golpean en tu ventana como mendigos, rogando que te despiertes, buscando un poco de tu atención, en mi caso, despertando una incesante ira, que cesa apenas me despierto y veo que me encuentro vivo.

El primer respiro de la mañana siempre es el mal difícil, confirmas con toda gana, que tu miserable existencia, sigue allí. Busque con desespero dejando entrar los invasivos rayos de sol en mi habitación, la presencia de mi amigo el buitre, mas no estaba, tampoco había vuelto porque revisaba con cautela todos los días el tejado de la iglesia, se había ido con su soledad a otra parte desde el domingo anterior, se había marchado con la inspiración, el amor, el deseo, me había dejado un poco de cordura y un bulto de demencia, ni siquiera tenía agrado por escribir, realmente me fastidiaban estos días.

Capítulo 3

La tarde se tornaba calurosa, un día muy común entre semana, las horas se pasaban lentas y el sol ardía con tanta soberbia, que al caminar en la calle, sentías como se te quemaban los malditos huesos. Recostado sobre la pared en mi trabajo como cajero, inesperadamente mi viejo, negro y emplumado amigo, apareció sobre uno de los postes de luz sobre la calle a mi vista, se mantuvo allí, pero esta vez parecía advertirme algo, tal vez un presagio, sobre el alocado impulso que me vendría días adelante.

En mi lugar de trabajo había echo una leve amistad con un abogado, un tipo joven, acabado, pero con suficiente suerte como para de vez en cuando ganar algún caso y forrarse en pasta que solía gastarse en un abrir y cerrar de ojos. Algunas veces aparecía por mi trabajo ofreciendo trago, contrataba cualquier taxista por todo el transcurso del día y se bebía hasta el último peso de su éxito laboral.

Era una noche de viernes, me había tocado cerrar el local, todo transcurría normalmente si no fuera por lo que les voy a contar a continuación

Ya cerrado el negocio, me encontraba de regreso a casa por una de las dementes y solitarias calles de esta ciudad, siempre cauteloso, pues tengo el miedo de morir apuñalado en algún robo o ser atropellado por algún borracho oportuno de las fragiles leyes de este país, los pasos se me hacían eternos, después de un largo día, lo único que quería era llegar a casa, prender un cigarro y despedir el día como al humo, como si no hubiese existido.

Unas cuadras antes de llegar a casa, un taxi me abordó por la espalda, el conductor lucía totalmente sobrio aun, y al bajar los vidrios del pasajero, con una sonrisa psicótica, mi leve amigo, el abogado me preguntó

- Hey Mijo, que hace por ahí tan solo y aburrido, no hermano, lo veo pero mal. Esta desperdiciando es el tiempo, subase a ver que hacemos-

..... Continuara.....

